

Subjetividad e historicidad: Dos problemas centrales en el proceso de investigación

MARÍA DE LOS ÁNGELES GALLEGOS RAMÍREZ*
MÓNICA GALLEGOS RAMÍREZ **

Resumen

Existe un desajuste entre la realidad social que estudiamos y la construcción conceptual a partir de la cual la abordamos y establecemos conocimientos nuevos. Las teorías y conceptos predominantes que guían nuestras investigaciones, responden a una lógica de pensamiento que se impone como irrefutable y que concibe a la realidad social como algo dado de una vez y para siempre. Así, ellos son incapaces de dar cuenta del ritmo que ésta sigue y que se despliega en un tiempo y un espacio múltiples y con diversas significaciones. Desde tal perspectiva, resulta fundamental reflexionar no sólo al respecto de la posibilidad de conceptualizar la realidad desde la complejidad que representa, sino también del reconocimiento de que ella es erigida por una intrincada red de intersubjetividades en la que se encuentra inmerso el investigador social. En ese sentido, la perspectiva de quienes la observamos, nuestras necesidades, deseos y experiencias concretas, delinean nuestra mirada y nos permiten o no, dar cuenta de la dinámica social existente y reconocer el contexto de los sujetos de estudio y de análisis.

En esta ponencia proponemos discutir algunos de los problemas centrales que aquejan a la investigación social: el academicismo predominante y su consecuente visión a-histórica. Para tal efecto, consideraremos las propuestas epistemológicas de Hugo Zemelman, entre otros autores, que han contribuido al desarrollo del pensamiento crítico en las ciencias sociales.

Las ciencias sociales, desde su origen, se han planteado como un aspecto central para validar el conocimiento, la reflexión en torno al problema de la objetividad y la representación de la realidad social en su conjunto, de la construcción de su objeto y su verificación a partir de la recolección de los datos, su sistematización y análisis, además del papel que desempeñan los sujetos en el proceso de conocimiento.

Como sabemos, las distintas posturas sostenidas al respecto han generado tensiones teóricas y conceptuales que nos colocan ante puntos de vista opuestos y contradictorios. No obstante los esfuerzos de síntesis realizados por algunos autores (Bourdieu, entre ellos), y el importante desarrollo que las ciencias sociales han tenido, es fundamental reconocer aún ahora, el predominio de un pensamiento social en el que prima la lógica de la determinación, el academicismo y a-historicismo que impuso el modelo positivista.

* Profesora-Investigadora del Departamento de Historia, CUCSH-Universidad de Guadalajara.

** Profesora-Investigadora del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos, CUCSH-Universidad de Guadalajara.

No es extraño reconocer que detrás de múltiples posiciones epistémico-metodológicas empleadas en la investigación social reciente, subyace la idea de que el conocimiento debe derivarse de un conjunto de inferencias lógico-deductivas, cuyas premisas están constituidas por la teoría y cuya validez debe comprobarse empíricamente. De allí que se siga considerando sólo como verdadero aquel conocimiento que se ajuste a una “auténtica” explicación científica que sea capaz de ofrecernos una demostración objetiva, clara y coherente de los motivos o causas por los que se dan los hechos sociales que analizamos (entendidos éstos como externos a los individuos y, por lo mismo, como determinantes de su sentir, pensar y actuar en el mundo). Desde tal perspectiva, se afirma, como señala Mardones, que sólo “los enunciados sometidos a la lógica y la verificación empírica pueden ser calificados como científicos. Los demás deben ser considerados de antemano como absurdos y sin sentido. Científico es solo, por tanto, aquel análisis de la realidad que trabaje con estos dos pilares: la teoría de la relación lógico-matemática y la fase o verificación empírica” (2001: 33). Así, se exige que cualquier opinión vertida en nombre de la ciencia sea efectivamente científica; es decir, que se ajuste a los patrones o cánones de construcción del llamado conocimiento científico.

De esta manera, el conocimiento social se reduce a un mero cuerpo teórico doctrinario (copioso y complicado, sin duda), sostenido por doctas autoridades académicas, por especialistas que establecen su campo y sus ideas dominantes, aplicando eficientemente técnicas de recolección de información y empleando con rigor ciertas metodologías para sistematizarla y analizarla, hasta la construcción de un objeto perfectamente aprehensible y en consonancia con tal cuerpo teórico.

La postura anterior conlleva dos problemas adicionales: por una parte, la estandarización-homologación de los procesos sociales, pues los supone acordes con la perspectiva teórica general de la que se parte y, en consecuencia, hay una omisión (implícita la mayoría de las veces), de las particularidades históricas de cada sociedad en sus distintas dimensiones y momentos; y, por otra, el reconocimiento del ser humano como objeto de conocimiento con su consabida negación como sujeto (postulado apoyado en la idea de que la sociedad lo coacciona y determina).

No obstante el predominio de este modelo epistémico-metodológico en la investigación social, desde hace varias décadas la emergencia de la teoría crítica y sus implicaciones en los métodos y enfoques de investigación, ha llevado a pasar de los modelos lógicos y normativos a los históricos y procesuales. Con ello surgen otro tipo de problemas en la investigación y un cambio de tema, pues transitamos de recomendaciones normativas a histórico-sociales (Hinkelammert, 1989; Mardones, 1991). Más

allá de las implicaciones ético-políticas que tienen estas dos posturas investigativas (dado el control sobre el conocimiento en nombre de la ciencia, o el involucramiento por parte de los científicos sociales en los conflictos socioeconómicos y políticos que se da desde principios del siglo XX, por ejemplo), en el marco de la teoría crítica se plantea un conjunto de problemas referentes a las alternativas de construir un conocimiento que nos permita profundizar en la realidad social y económica de la sociedad en su conjunto (entendida como totalidad); esto es, un conocimiento que dé cuenta de la vigencia del sistema social presente y recupere múltiples formas de saber, conocer e interpretar la realidad.

Asimismo, Hugo Zemelman (1995) lanza el reto de “atreverse a usar la cabeza [como] el ejercicio mismo de la responsabilidad intelectual, [...] cuando se la entiende en el ámbito de un conocimiento comprometido con el forjamiento de más conciencia” para actuar frente a la realidad social. Este desafío parece una obviedad en el sentido de que podría suponerse que la comunidad intelectual de las ciencias sociales asume tal compromiso; sin embargo, para autores como él, las ciencias sociales han estado cercadas por un dogmatismo ideológico regresivo que ha debilitado “nuestra fuerza [y capacidad] de ver nuevas realidades”. En una de sus obras más recientes, (2009) insiste también, en la necesidad e importancia del rescate del sujeto constructor que se enfrenta a lo indeterminado, en tanto límite abierto; esta consideración conlleva la exigencia de que la investigación social no debe atarse a enunciados conceptuales o teóricos predeterminados, cuestión que ocurre frecuentemente con el uso de un método deductivo como el positivista.

Son muchas las aristas e implicaciones que tiene para el quehacer investigativo esta última postura. En el presente trabajo nos centramos sólo en dos de los problemas que consideramos fundamentales: la cuestión del historicismo y de la subjetividad.

Existe un desfase entre el pensamiento teórico y la realidad social que analizamos. Dicho desajuste se deriva, según Zemelman (2004), de la complejidad misma de la realidad socio-histórica, pues ésta es susceptible a múltiples significaciones, las cuales no pueden ser abordadas construyendo teorías o conceptos. Teorías y conceptos que, por su parte, tampoco poseen un significado nítido o unívoco y, en consecuencia, deben ser permanentemente resignificados. Lo anterior debido a que el ritmo de la realidad social no es nunca el ritmo de la construcción teórica y conceptual. De allí, sigue el autor, que con frecuencia abordemos la realidad con ideas que, no obstante tengan sentido en el marco de una tradición de pensamiento “bien” fundado y coherente, no necesariamente son pertinentes para el mo-

mento que estudiamos y en el que construimos el conocimiento de lo que analizamos.

El desafío reside en saber abordar la transitividad del fenómeno de una modalidad a otra en razón de estar en constante desenvolvimiento. Lo que implica que las conceptualizaciones propias de la enunciación de una inquietud temática, tengan que ser reconceptualizadas para dar lugar a las significaciones que reclama la articulación histórica de la que forman parte. Por consiguiente, surge la necesidad de revisar cómo se aborda el plano del empirismo (propio de la técnica) al considerar las mediaciones de la dinámica, que pueden estar plasmando una nueva morfología que cuestione las descripciones que impone el recorte disciplinario (Zemelman, 2011: 17).

A lo anterior habría que añadir el hecho de que en la mayoría de los casos empleamos conceptos que han sido “acuñados en otros contextos y que muchas veces la academia los repite sin revisar debidamente si están dando cuenta de realidades concretas” (Zemelman, 2004).

Reconocer este desfase, nos enfrenta al complejo problema del cómo y desde dónde colocarnos ante aquello que deseamos conocer. La respuesta no es simple e implica un re-posicionamiento radical respecto de la forma como hemos aprendido a hacer investigación y construir conocimiento. Para Zemelman (2004) la respuesta está en un cambio de pensamiento, entendido éste como una postura, como una actitud a partir de la cual seamos capaces de construirnos a nosotros mismos frente a las circunstancias que queremos conocer. Es decir, pensar epistémica y no teóricamente.

El pensamiento teórico es un pensamiento organizado a partir del cual formulamos predicciones (hipótesis) sobre la realidad. Por el contrario, el pensamiento epistémico no atribuye propiedades a la realidad, se centra en la pregunta e implica un distanciamiento crítico respecto de las teorías o los conceptos con contenidos definidos, para buscar otras formas que nos permitan comprender las diversas significaciones que puede tener la realidad social que estudiamos.

En este sentido, resulta fundamental el reconocimiento por parte del investigador del lugar de colocación ante la realidad; es decir, del ángulo desde el que comienza a plantear los problemas susceptibles de teorizarse (Zemelman, 2004). Se trata de entender la importancia que tienen en su análisis tanto los valores, relativos a la respuesta del ¿para qué?, que al mismo tiempo expresan su posicionamiento ético-político desde donde realiza la construcción del conocimiento social, como el horizonte utópico o idea de futuro, que orienta sus prácticas (cognitivas, políticas, etcétera).

Cabe señalar que aquí Zemelman va un poco más allá de la idea de *vigilancia epistemológica* a la que refieren Bourdieu,

Chamboredon y Passeron (2004), pues ésta no sólo consiste en desarrollar la capacidad de reflexionar respecto del lugar que ocupa el investigador en el campo científico y en la sociedad en general, ni en romper con el conocimiento de sentido común, los pre-conceptos, las pre-nociones e, incluso, los conceptos teóricos inútiles, o comprobar si la forma como hemos definido la realidad (y como hemos construido nuestro objeto de estudio) tiene relación con ella; Zemelman propone la necesidad de emplear instrumentos categoriales que no tengan un contenido preciso, de utilizar herramientas lo suficientemente abiertas y de relación con la realidad que nos permitan reconocer diversidades posibles con contenidos múltiples y que nos lleven a plantearnos problemas sin quedar atrapados en los conocimientos establecidos de antemano. Además de ser capaces de distanciarnos de la realidad observada, es decir, de cuestionar lo empírico e ir más allá de lo que asoma a la observación. En función de su propuesta podemos decir, con Hinkelammert (2008), que “la teoría es externa a este mundo”, aunque su uso crítico sea útil en referencia a él, pues “el pensamiento tiene que seguir a la historia en el sentido de adecuarse creativamente a los cambios de los procesos históricos” (Zemelman, 2004).

Como indicamos antes, la postura epistémica predominante en ciencias sociales ha trabajado siempre con la “hipercategoría fundamental de la *determinación*”, la cual lleva a negar el tiempo y, por lo tanto, conduce a la atemporalidad, a la a-historicidad (Castoriadis, 2005: 65). Desde este lugar, incluso el cambio y sus formas son vistos también como determinados. A pesar de que es imprescindible reconocer la dimensión objetiva (instituida, estructurada) de la sociedad, esto es, sus características específicas de organización social que delinear y contextualizan los procesos sociales que analizamos; también es cierto que es fundamental reconocer la existencia de otra dimensión, indisolublemente ligada a ella, que es la dimensión subjetiva e imaginaria (y por tanto instituyente), que potencia y despliega formas infinitas de ser en el tiempo de esa misma sociedad.

Las temporalidades y significados de los procesos sociales que analizamos son múltiples, pues las distintas dimensiones implicadas en ellos tienen sus propios ritmos de despliegue en el tiempo, y los individuos y los grupos al interiorizar sus contenidos, los significan de acuerdo a sus necesidades y circunstancias presentes y, al hacerlo, imaginan y construyen formas diversas de actuar y ser en el mundo.

Los fenómenos históricos no son lineales ni homogéneos, son fenómenos complejos que se desenvuelven en diferentes planos de la realidad y con múltiples temporalidades. Al respecto, Zemelman señala que “los fenómenos históricos no ocurren de manera plana, longitudinal, sino [que] tienen lugar a través de coyunturas, las cuales forman parte de los procesos, de las tendencias a largo plazo” (Zemelman, 2004).

Asimismo, debemos comprender que todo proceso socio-histórico no es solamente económico o político, social, institucional, cultural, etcétera, sino que “conforma una constelación” en la cual todas estas dimensiones se relacionan entre sí. Además de ser ellos mismos universos de significados formulados por múltiples sujetos inmersos en una compleja red de intersubjetividades. De tal manera, el trabajo de investigación se enfrenta a “la complejidad de los sujetos que construyen la historia, que están detrás de los fenómenos que queremos estudiar y que son complejísimo; sujetos múltiples que tienen distintas características, variados espacios, tiempos diversos, y visiones diferentes del futuro desde las cuales construyen sus realidades” (Zemelman, 2004).

De tal forma, la *pertinencia histórica del conocimiento* tiene que ver con el hecho de que el conocimiento que construimos a través de la investigación dé cuenta de “la especificidad de los fenómenos, que es lo que resulta de entender a éstos como ubicados en contextos muy complejos de relaciones múltiples y en distintos tiempos” (Zemelman, 2004). Lo anterior nos permite comprender el proceso de construcción de lo social, pues toda sociedad es “una constitución, creación de un mundo, de su propio mundo” (Castoriadis, 2005: 69). En este sentido, la sociedad es autocreación que se despliega como historia.

Tal perspectiva nos lleva a una indagación de otro orden, en la cual no sólo lo central sería preguntarnos cómo surgen y a qué responden las formas histórico-sociales que analizamos, qué de lo dado o instituido preparaba lo nuevo, cómo “lo antiguo entra en lo nuevo con la significación que lo nuevo le da” (Castoriadis, 2005: 74), sino plantearnos el problema de comprender los fenómenos históricos dentro de una lógica compleja que implica el reconocimiento de distintos niveles y ritmos de los fenómenos que analizamos, no sólo en relación a sí mismos, sino en función de la forma como se relacionan con otros fenómenos, con la totalidad social.

En este sentido, el problema de la historicidad no tiene que ver exclusivamente con la construcción del contexto histórico para comprender la génesis de los procesos sociales que estudiamos, sino que “la historicidad vendría a ser la relación de un fenómeno con otro en un momento dado”. A lo que habría que agregar, el reconocimiento de que esta situación de relaciones está en movimiento, por lo que tendríamos que hablar de historicidad también como la transformación de un momento en otro momento; “la historicidad como secuencia de momentos” (Zemelman, 2012:7).

Aquí mencionará Zemelman otra categoría fundamental, la de la potenciación. Con ella hace referencia a la capacidad de construir, de reconocer a la realidad social como una construcción a partir de las formas como actúan o pueden actuar los sujetos sociales. Con ello coloca en el centro del debate a

los sujetos y la cuestión de la subjetividad; el reconocimiento del “tiempo como tiempo de creación y no de repetición” (Castoriadis, 2005: 149). En este sentido, como diría Hinkelammert, “el sujeto es la palabra que está al inicio de todas las cosas” (2002: 10), pues es su capacidad de intervención y construcción, su capacidad para desplegar todas las dimensiones de su subjetividad (intelectual, imaginaria, intuitiva, sentimental, espiritual, valorativa, etcétera), la que escinde el tiempo y el espacio sociales, y multiplica sus significados y posibilidades de acuerdo a la visión de futuro que tiene.

Si intentamos construir realidades desde lo potencial es claro que el futuro está en el presente; y, también, que *leer* esas potencialidades se relaciona estrechamente con el horizonte ético-político y utópico desde el cual se parte para realizar dicha construcción.

Para Zemelman, el tiempo plantea el problema de la incompletud: “la categoría de *indeterminado* alude a lo inacabado, a lo abierto [...] Tiempo no sólo como finitud sino también como lo abierto e inacabado por lo que puede ser sinónimo de esperanza” (1997: 10-11). La perspectiva epistémica del autor pone énfasis en lo ya señalado: la *indeterminación* refiere lo inacabado, lo abierto, lo *por ser*. Esto es precisamente lo que está en la base de su noción del tiempo y, por eso mismo, puede ser sinónimo de esperanza. “Esto ocurre porque el tiempo deviene en la necesidad de aquello que excede a los límites de lo dado [...], en esta lógica argumentativa, el tiempo es el sentido de lo posible en cuyo marco se ubica la necesidad utópica” (1997: 11-12).

Hay una realidad no observable –potencial- y, sin embargo, “está”. Ese es el sentido que para nuestro autor tiene entender el futuro en el presente, el sentido de hablar del tiempo como necesidad de lo excedente a cualquier límite. Lo anterior se convierte en exigencia de prácticas orientadas al despliegue de todo lo potenciable, contenido en la realidad social, en coyunturas concretas, para sujetos concretos portadores de proyectos basados en un horizonte ético-político y utópico que pretende plasmarse en sus formas de ser y hacer.

Si para Zemelman lo utópico es una modalidad del tiempo, lo tópico tendría que entenderse desde lo dado en el presente (es por eso que el autor habla de lo dado-dándose, determinación-indeterminación, acabado-inacabado, cerrado-abierto, devenido-no devenido). Lo utópico requiere de –exige- lo inacabable.

Siguiendo estas reflexiones es imposible concebir a la realidad como un objeto más, como algo dado que sólo puede ser captado con métodos determinados de antemano, como pretende el positivismo en cualquiera de sus versiones. La realidad social es compleja y será la comple-

alidad su rasgo general, pues en ella existe una sobreabundancia de relaciones y posibilidades.

El problema de la investigación social, entonces, no se limita a reflexionar sólo alrededor de los aparatos conceptuales y los métodos empleados para abordar lo social, ya que implica, además, comprender en toda su complejidad a la realidad social, sus múltiples dimensiones, sus diversas temporalidades, sus ilimitados significados, y la red de interacciones que los posibilita. Aquí se erige el sujeto como un problema metodológico central. No sólo el sujeto que actúa en la realidad y la reconstituye, sino el sujeto del que depende la reconstrucción de sus complejas relaciones entre momentos y procesos; es decir, el investigador, su capacidad de interpretación, la forma como vincula su pensamiento con su praxis y la observación con el empleo crítico de la teoría.

El gran reto consiste, por tanto, en darle cabida al sujeto en la vida social y en la investigación como parte de ella; y en esa medida ser capaces de dar cuenta de la historicidad de los procesos sociales de los que somos parte y que analizamos, y de la subjetividad que se despliega en la vida social y complejiza también su comprensión y conocimiento.

De acuerdo a lo que hemos venido señalando, nos parece que queda claro que las prácticas académicas predominantes en el campo de las ciencias sociales -en universidades como las nuestras, por ejemplo-, ponen énfasis en la generación de conocimientos doctos, a partir de metodologías deterministas. Lo anterior, imposibilita la construcción de un conocimiento social que permita comprender lo procesual de la realidad social, su complejidad, y el papel fundamental que tiene el análisis de la subjetividad y la historicidad; así como la discusión del horizonte ético, político y utópico desde el cual los sujetos realizamos la investigación. Desde nuestra perspectiva, tenemos que orientar nuestros esfuerzos hacia el rescate de todos estos elementos que son desdeñados por las prácticas positivistas que dominan la investigación en ciencias sociales.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron (2004) *El oficio de sociólogo: presupues-*

tos epistemológicos. Buenos Aires: Siglo XXI.

Castoriadis, Cornelius (2005), *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.

Hinkelammert, Franz J. (1989), "Obstáculos y límites de la libertad académica en América Latina", consultado el 25 de marzo de 2013 en: <http://www.pensamientocritico.info/articulos/articulos-de-franz-hinkelammert/101-obstaculos-y-limites-de-la-libertad-academica-en-america-latina.html>

Hinkelammert, Franz J. (2002), "El sujeto negado y su retorno", consultado el 15 de abril de 2013 en: <http://www.pensamientocritico.info/articulos/articulos-de-franz-hinkelammert/72-el-sujeto-negado-y-su-retorno.html>

Hinkelammert, Franz J. (2008), "Sobre la reconstitución del pensamiento crítico", en *Polis*, vol. 7, no. 21. Revista de la Universidad Bolivariana. Chile. Consultado el 16 de octubre de 2012 en: <http://www.scielo.cl/pdf/polis/v7n21/art17.pdf>

Mardones, José María (1991), *Filosofía de las ciencias humanas y sociales: materiales para una fundamentación científica*. Barcelona: Anthropos.

Zemelman, Hugo (1995) *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*, Venezuela: CRIM-UNAM-Editorial Nueva Sociedad.

Zemelman, Hugo (1997) *El futuro como ciencia y utopía*, Colección Las Ciencias y la Humanidades en los Umbrales del siglo XXI, México: UNAM-CIICH.

Zemelman, Hugo (2004), "Pensar teórico y pensar epistémico. Los desafíos de la historicidad en el conocimiento social", en Irene Sánchez Ramos y Raquel Sosa Elízaga (coordinadoras), *América Latina: los desafíos del pensamiento crítico*, México: UNAM-Siglo XXI editores, pp. 21-33.

Zemelman, Hugo (2011) *Los horizontes de la razón III. El orden del movimiento*, España: Editorial Anthropos-Universidad de Manizales.

Zemelman, Hugo (2012), "Sociedad y sujetos: el análisis de coyuntura y su dimensión ética", Documento de Trabajo para la Red de Metodología.